

D. Carlos III (1789) (centón de sandeces y bufonadas tales, que, atendida la indole picaresca y maleante del poeta, quizá deban estimarse como pura y neta parodia de las relaciones de fiestas, al modo que antes lo había hecho el P. Isla en su *Día grande de Navarra*), la *Alegría Universal*, *Lima Festiva y encomio poético al recibimiento del virrey Gil de Lemus* (1790), *El Sol en el Mediodía: año feliz y júbilo particular con que la Nación Índica..... solemnizó la exaltación al trono de Carlos IV* (1790), poema descriptivo en endecasílabos pareados, con una introducción y once cantos, amén de muchas poesías líricas y cuatro *loas*, todo, al parecer, parto de su numen irrestañable. Pero ni este diluvio de versos de circunstancias, ni las poesías y artículos de costumbres, algunos bastante chistosos, como la *Semana del currutaco de Lima*, que hacía insertar en el *Diario Erudito*, le dieron la notoriedad que el famoso libelo *Lima por dentro y fuera*, que por los años de 1792 escribió con el seudónimo de *Simón Ayanque*. Es una sátira contra la sociedad limeña en una serie de romances de lo más pedestre, chabacano y grosero que puede leerse, llenos de alusiones sucias y nauseabundas, é inspirados, sin duda, por móviles de venganza, ruines y rastreros, como si el autor hubiese querido desquitarse en este solo libro del incienso que tan fastidiosamente había quemado en los tres anteriores.

El Cabildo ó Ayuntamiento de Lima se ofendió gravemente de este librejo, y hasta intentó recogerle y proceder judicialmente contra el autor; pero como siempre la murmuración aplaza á la misera condición humana, los mismos peruanos contribuyeron á la divulgación del pasquín que con tan feos colores los presentaba; y á des-

pecho de lo baladí de su ejecución literaria, *Lima por dentro y fuera* fué reimpresso muchas veces en Cádiz, Madrid, Méjico y Lima, y todavía en 1854 se hizo una edición de lujo en París con graciosas ilustraciones de un dibujante limeño, muy superiores al texto. En cuanto á éste, hay que atenerse al parecer de D. Felipe Pardo (1): «Terralla no era escritor, ni satírico, ni poeta, sino un salvaje que se puso á decir en mal castellano y en renglones desiguales cuanta torpeza le vino á las mientes.» Quizá los únicos versos suyos dignos de recordarse son algunos del romance en que hizo su testamento satírico.

Como si no bastase la epidemia de los certámenes, exequias y fiestas reales para dar libre curso al furor métrico de los innumerables poetastros que infestaban en el siglo XVIII las orillas del Rimac, empezaron á escribirse en verso hasta los carteles de toros, y lo que es más, tuvo su Homero la estúpida lidia de gallos en el general D. Ignacio de Escandón, que en 1762 celebró en un romance, con el estrafalario rótulo de *Época Galicana egira Gali-lea*, la apertura de la primera casa pública destinada á aquella bárbara diversión en la capital del Perú (2).

Pero aunque las manifestaciones escritas de la poesía fuesen en general tan infelices por el círculo estrecho y trivial en que se malograba su cultivo, no dejaba Lima de ser la tierra fecunda en buenos ingenios que cele-

(1) En el prólogo de *El Espejo de mi tierra*.

Hay un artículo biográfico de Terralla en la 3.^a serie de las *Tradiciones Peruanas* de D. Ricardo Palma.

(2) Escandón publicó, además, un *Poema en celebridad del virrey D. Manuel de Amat*.

bra elegantemente el P. Vanière en el libro vi de su *Prædium Rusticum*:

Fertilibus gens dives agris auriq̄ue metallo,
Ditior ingeniis hominum.....

Y cuando alguno de sus hijos, saliendo de la monotonía de la vida criolla, daba muestras de sí en las cortes de Europa, solía llevarse detrás de sí la admiración y los plácemes de los doctos, porque, como ya he dicho y conviene no olvidar, lo que faltaba en Méjico y en Lima á mediados del siglo XVIII no era caudal de ciencia, sino crítica y gusto. Tal se mostró en París aquel estudioso y polígloto joven D. José Pardo de Figueroa, sobrino del Marqués de Castel-Fuerte, de quien dice el mismo P. Vanière que se hacia entender sin intérprete en todas las lenguas de Europa, y en ninguna ciudad podía considerársele como peregrino:

..... si cuncti recte discantur ab uno;
Linguarum morumque sciens interprete nullo,
Europæ varias gentes qui nuper obibat,
Hospes ubique novus, nulla peregrinus in urbe.

Así también se hizo famoso en España y en Francia, no menos por sus talentos que por sus desgracias, don Pablo de Olavide, en quien, por decirlo así, se encarnó el espíritu innovador en tiempo de Carlos III. Sus obras son inseparables de su vida, y por eso conviene indicar algo acerca de los sucesos capitales de su azarosa existencia (1).

(1) La mejor y más completa biografía que existe de Olavide es la del peruano D. J. A. de Lavalle (*D. Pablo de Olavide: Apuntes sobre su vida y sus obras. Segunda edición, Lima, 1885*). El capítulo que en 1881 le dediqué en mis *Heterodoxos Españoles* (t. III) requiere ser adicionado con presencia de esta y otras publicaciones.

Olavide, nacido en Lima en 1725, discípulo aventajado de la Universidad de San Marcos, donde recibió el grado de doctor en Cánones á los diez y siete años de edad, opositor á cátedras, oidor de aquella Real Audiencia y auditor general de Guerra del virreinato del Perú, hubiera envejecido tranquilamente en su carrera de hombre de toga, si de repente no viniera á sacarle de la obscuridad el horrible terremoto de 1746. Cuando se trató de reparar los efectos de aquel desastre mostró serenidad, aplomo y desinterés no vulgares, y por su mano pasaron los caudales de los mayores negociantes de la plaza, dejándole con mucha reputación de integro. Pero no faltó quien murmurase de él, sobre todo por haber aplicado á la construcción de un nuevo teatro el fondo remanente después de aquella calamidad. Se le mandó venir á Madrid á rendir cuentas. Propicia se le mostró la fortuna en España. Gallardo de aspecto, cortés, elegante y atildado en sus modales, ligero y brillante en su conversación, cayó en gracia á una viuda riquísima, heredera de dos capitalistas, y logró fácilmente su mano. Desde entonces la casa de Olavide, en Leganés y en Madrid, fué una especie de *salón*, de los primeros que se conocieron en España. Olavide, agradable, insinuante, culto á la francesa, con aficiones filosóficas y artísticas, que alimentaba en sus frecuentes viajes á París, ostentoso y espléndido, corresponsal de los enciclopedistas y gran lector de sus libros, comenzó á hacer ruidoso alarde de sus tendencias innovadoras, que frisaban con la impiedad declarada. El Conde de Aranda se entusiasmó con él y le protegió mucho, haciéndole síndico personero de la villa de Madrid y director del Hospicio de San Fernando. Los ratos de ocio

los dedicaba á las bellas letras: puso en su casa un teatro de aficionados, como era moda en Francia, y como le tenía el mismo Voltaire en Ferney, y para él tradujo algunas tragedias y comedias francesas. Moratín (1) le atribuye sólo la *Zelmira* (traducción de Du Belloy), la *Hípermenestra* (de Lemierre) y *El desertor francés* (de Sedaine); pero D. Antonio Alcalá Galiano (2) añade á ellas una que corrió anónima de la *Zaida* («Zayre») de Voltaire, tan ajustada al original, que de ella se valió como texto D. Vicente García de la Huerta para su famosa *Faira*, convirtiendo los desmayados y rastreros versos de Olavide en rotundo y bizarro romance endecasílabo. Realmente Olavide poco tenía de poeta, ni en lo profano, ni en lo sagrado, que después cultivó tanto: sus versos suelen ser mala prosa rimada, sin nervio ni calor ni viveza de fantasía. Aunque dotado de cualidades brillantes, era de instrucción flaca y superficial, y sin resistencia se dejó arrastrar por el torrente de la filosofía del siglo XVIII, no al modo cauteloso que Campomanes y otros graves varones, sino con todo el fogoso atropellamiento de los pocos años, de las vagas lecturas y de la imaginación americana. Olavide cautivó, arre-

(1) *Catálogo de piezas dramáticas del siglo XVII*, pág. 329 del tomo de sus *Obras*, edición de Rivadeneyra.

(2) *Lecciones de literatura del siglo XVIII*... Madrid, *Imprenta de la Sociedad Literaria y Tipográfica*, 1843, pág. 243. La traducción de Olavide se imprimió dos veces en Barcelona, la primera sin año, la segunda en 1782, por Carlos Gibert y Tudó (Vid. Sempere y Guarinos, *Escritores del reinado de Carlos III*, art. de Huerta). Citanse también, como traducciones de Olavide, la *Mérope*, de Voltaire, y las óperas cómicas *Nineta en la corte* (de Favart) y *El pintor enamorado de su modelo*, de Anseaume, y es probable que haya otras entre el farrago de traducciones dramáticas anónimas del siglo pasado.

bató, despertó admiración, simpatía y envidia, y acabó por dar tristísima y memorable caída.

Pero antes la protección de Aranda le ensalzó á la cumbre, y en 1767 era ya asistente de Sevilla é intendente de los cuatro reinos de Andalucía. De aquel tiempo data su famoso plan de reforma de aquella Universidad, el más radicalmente revolucionario que se formulase por entonces, respirando todo él rabioso centralismo y odio encarnizado á las libertades universitarias, no menos que á los estudios de Teología y Filosofía, «cuestiones frívolas é inútiles, pues ó son superiores al ingenio de los hombres, ó incapaces de traer utilidad, aun cuando fuese posible demostrarlas....» Al lado de esto, el plan contenía muy sanas advertencias para la reforma de los estudios de Matemáticas y Física, de Lenguas é Historia, las cuales, puestas en práctica, fueron elevando aquella célebre escuela al grado de prosperidad que alcanzaba á fines del siglo XVIII. En todas las reformas de aquel reinado hay que distinguir la parte verdaderamente útil y positiva, de los muchos sueños y temeridades infecundas que se mezclaron con ella.

Olavide era un iluso de filantropía, pero con cándida y buena fe, que á ratos le hace simpático. En Sevilla protegió á su modo las Letras y todavía más la Economía Política, y tuvo la gloria de alentar y guiar los primeros pasos de Jove-llanos. De la tertulia de Olavide, y con ocasión de una disputa sobre las innovaciones dramáticas de la Chausée y Diderot, salió la comedia de *El Delincuente honrado*, tierna y bien escrita, aunque algo lánguida y declamatoria; como que su ilustre autor se propuso por principal fin en ella «inspirar aquel dul-

ce horror con que responden *las almas sensibles* al que defiende *los derechos de la humanidad*. Rasgos tan candorosos como éste, y más cuando vienen de tan grande hombre como Jove-llanos, no deben perderse ni olvidarse, porque pintan la época mejor que lo harían largas disertaciones. La *Fulia* y el *Tratado de los delitos y de las penas* entusiasmaban por igual á aquellos hombres; y para que la afectación llegase á su colmo, juntaban la mascarada pastoril de la Arcadia con la filantropía de los discípulos de Rousseau, llamándose entre ellos «*el mayoral Jovino*» y «*el facundo Elpino*». Este último era Olavide, de quien Jove-llanos conservó siempre muy buen recuerdo, bastando la amistad de tal varón para hacer indulgente con él al más áspero censor. Ni en próspera ni en adversa fortuna le flaqueó el cariño de Jovino, que aun en 1778 describía en la epístola á sus amigos de Sevilla:

Mil pueblos que del seno enmarañado
De los Marianos montes, patria un tiempo
De fieras alimañas, de repente
Nacieron cultivados, do á despecho
De la rabiosa envidia, la esperanza
De mil generaciones se alimenta:
Lugares algún día venturosos,
Del gozo y la inocencia frecuentados,
Y con la triste y vacilante sombra
Del sin ventura *Elpino* ya infamados
Y á su primer horror restituidos.

Entre los mil proyectos, más ó menos razonables ó utópicos, que en aquella época de furor económico se propalaban para remediar la despoblación de España y abrir al cultivo las tierras eriales y baldías, era uno de los más favorecidos por la opinión de los gobernantes el de las colonias agrícolas. Ya Ensenada había pen-

sado establecerlas, y en tiempo de Aranda volvió á agitarse la idea con ocasión de un *Memorial* de cierto arbitrista prusiano, D. Juan Gaspar Thurriegel. Campomanes entró en sus designios, redactó una consulta favorable en 27 de Febrero de 1767, y sin dilación comenzó á tratarse de poblar los yermos de Sierra Morena, albergue hasta entonces de foragidos, célebres en los romances de ciegos, y terror de los hombres de bien. Thurriegel se comprometió á traer, en ocho meses, seis mil alemanes y flamencos católicos, y la concesión se firmó el 2 de Abril de 1767, el mismo día que la pragmática de expulsión de los jesuitas.

Para establecer la colonia fué designado, con título de Superintendente, Olavide, como el más á propósito por lo vasto y emprendedor de su índole. No se descuidó un punto, y con el ardor propio de su condición novelera y con amplios auxilios oficiales, fundó en breve plazo hasta trece poblaciones, muchas de las cuales subsisten para gloria imperecedera de su nombre. Por desgracia propia, el Superintendente no se detuvo en la poesía bucólica, y pronto empezaron las murmuraciones contra él entre los mismos colonos. Un suizo, D. José Antonio Yauch, se quejó, en un memorial de 14 de Marzo de 1769, de la falta de pasto espiritual que se advertía en las colonias, á la vez que de malversaciones, abandono y malos tratamientos á los nuevos pobladores. Confirmó algo de estas acusaciones el Obispo de Jaén: envióse de visitadores al Consejero Valiente, á D. Ricardo Wall y al Marqués de la Corona, y tampoco fueron del todo favorables á Olavide sus informes. Entre los colonos habían venido disimuladamente algunos protestantes, y en cambio faltaban clérigos católicos de su

nación y lengua. De conventos no se hable: Aranda los había prohibido para entonces y para en adelante, en términos expresos, en el pliego de condiciones que ajustó con Thurriegel. Al cabo vinieron de Suiza capuchinos, y por superior de ellos Fr. Romualdo de Friburgo, que escandalizado de la libertad de los discursos del colonizador, hizo causa común con los muchos enemigos que éste tenía dentro del Consejo y entre los émulos de Aranda. Las imprudencias, temeridades y bizarrías de Olavide iban comprometiéndole más á cada momento. Ponderaba con hipérboles asiáticas el progreso de las colonias, y sus émulos lo negaban todo. Él se quejaba de que los capuchinos le alborotaban la colonia, y ellos de que pervertía á los colonos con su irreligión manifiesta. Al cabo, Fr. Romualdo de Friburgo delató en forma á Olavide, en Septiembre de 1775, por hereje, ateo y materialista, ó á lo menos naturalista y negador de lo sobrenatural, de la Revelación, de la Providencia y de los milagros, de la eficacia de la oración y buenas obras; asiduo lector de Voltaire y de Rousseau, con quienes tenía frecuente correspondencia; poseedor de imágenes y figuras desnudas y libidinosas; inobservante de los ayunos y abstinencias eclesiásticas y distinción de manjares; profanador de los días de fiesta, y, finalmente, hombre de mal ejemplo y piedra de escándalo para sus colonos. A estos graves cargos se añadían otros enteramente risibles, como el de defender el movimiento de la tierra y oponerse al toque de las campanas en días de nublado.

El Santo Oficio impetró licencia del Rey para procesar á Olavide, aprovechando la caída y ausencia de Aranda. Se le mandó venir á Madrid para tratar de

asuntos relativos á las colonias. Él temió el nublado que se le venía encima, y escribió á su amigo Roda pidiéndole consejo. En la carta, que es de 7 de Febrero de 1776, le decía: «Cargado de muchos desórdenes de mi juventud, de que pido á Dios perdón, no hallo en mí ninguno contra la religión. Nacido y criado en un país donde no se conoce otra que la que profesamos, no me ha dejado hasta ahora Dios de su mano por haber faltado nunca á ella: he hecho gloria de la que, por gracia del Señor, tengo; y derramaría por ella hasta la última gota de mi sangre..... Yo no soy teólogo, ni en estas materias alcanzo más que lo que mis padres y maestros me enseñaron conforme á la doctrina de la Iglesia..... Y estoy persuadido de que en las cosas de la fe de nada sirve la razón, porque nada alcanza....., siendo la dócil obediencia el mejor sacrificio de un cristiano.....»

Que Olavide ocultaba ó desfiguraba aquí una parte de la verdad parece claro, no sólo por las resultas del proceso, sino por el valor autobiográfico que unánimemente conceden sus biógrafos á las confesiones de *El Evangelio en Triunfo*, donde se leen pasajes como éste: «La lectura de los libros filosóficos había pervertido enteramente mis ideas. Yo había concebido, no sólo el más alto desprecio, sino también la aversión más activa contra todo lo que pertenecía á la Iglesia. Creyendo que el cristianismo era una invención humana, como todas las religiones, no podía mirar la Iglesia sino como el hogar ó centro de sus principales ministros, que abusaban de la credulidad en favor de sus intereses. Todas sus sociedades me parecían cavernas de impostores, sus creencias ridículas, sus ritos irrisorios.....» (Carta segunda).

Roda, que tenía en el fondo tan poca religión como

Olavide, pero que á toda costa evitaba el ponerse en aventura, le dejó en manos del Santo Oficio, contentándose con recomendar la mayor lenidad posible al Inquisidor general. Éralo entonces el antiguo Obispo de Salamanca D. Felipe Beltrán, varón piadoso y docto, no sin alguna parte de regalismo, é inclinado por ende á la tolerancia con los innovadores, aunque en este caso no lo mostró mucho. De grado ó por fuerza, tuvo que condenar á Olavide; pero le excusó la humillación de un auto público, reduciendo la lectura de la sentencia á un *autillo* á puerta cerrada, al cual se dió, sin embargo, inusitada solemnidad. Verificóse ésta en la mañana del 24 de Noviembre de 1778, con asistencia de varios grandes de España, consejeros de Hacienda, Indias, Ordenes y Guerra, oficiales de guardias y padres graves de diferentes religiones. Aquel acto tenía algo de conminatorio: la Inquisición, aunque herida y aportillada, daba por última vez muestra de su poder, ya mermado y decadente, abatiendo en el Asistente de Sevilla al volteranismo de la corte y convidando al triunfo á sus propios enemigos.

Olavide salió á la ceremonia sin el hábito de Santiago (de cuya orden era caballero), con extremada palidez en el rostro y conducido por dos familiares del Santo Oficio. Oyó con grandes muestras de terror la lectura de la sentencia, y al fin exclamó: «Yo no he perdido nunca la fe, aunque lo diga el fiscal.» Y tras esto cayó en tierra desmayado. Tres horas había durado la lectura de la sumaria: los cargos eran sesenta y seis, confirmados por setenta y ocho testigos. Se le declaraba hereje convicto y formal, miembro podrido de la religión; se le desterraba á cuarenta leguas de la corte y sitios reales, sin po-

der volver tampoco á América, ni á las colonias de Sierra-Morena, ni á Sevilla; se le recluía en un convento por ocho años para que aprendiese la doctrina cristiana y ayunase todos los viernes; se le degradaba y exoneraba de todos sus cargos, sin que pudiese en adelante llevar espada, ni vestir oro, plata, seda ni paños de lujo, ni montar á caballo; quedaban confiscados sus bienes é inhabilitados sus descendientes hasta la quinta generación. Cuando volvió en sí hizo la profesión de fe, con vela verde en la mano, pero sin corozca, porque le dispensó de ello el Inquisidor, lo mismo que de la fustigación con varillas.

Los enemigos de Olavide (que tenía muchos por su rápido encumbramiento y por el asunto de las colonias) se desataron contra él indignamente después de su desgracia. Corre manuscrita entre los curiosos una sátira insulsa y chabacana, cuyo rótulo dice: *El Siglo Ilustrado, vida de D. Guindo Cerezo, nacido, educado, instruido y muerto según las luces del presente siglo, dada á luz para seguro modelo de las costumbres, por D. Justo Vera de la Ventosa* (1). Es un cúmulo de injurias sandias, despreciables y sin chiste. Por no servir, ni para la biografía de Olavide sirve, porque el anónimo maldiciente estaba muy poco enterado de los hechos y aventuras del personaje contra quien muestra tan ciego ensañamiento.

Olavide era una cabeza ligera, menos perverso de indole que largo de lengua, y sobre él descargó la tempestad, mientras que por más disimulados ó más poderosos seguían impunes sus antiguos protectores los Arandas y

(1) Tres distintas copias de esta sátira han llegado á nuestras manos.

los Rodas, enemigos mucho más peligrosos de la Iglesia. Comenzó por abatirse y anonadarse bajo el peso de aquella condenación infamante; pero luego vino á mejores pensamientos, y la fe volvió á su alma. Retraído en el monasterio de Sahagún, sin más libros que los de Fr. Luis de Granada y el P. Segneri, tornó á cultivar con espíritu cristiano la poesía, que había sido recreación de sus primeros años, y compuso los únicos versos suyos que no son enteramente prosaicos. Llámense en las copias manuscritas *Ecos de Olavide*, y vienen á ser una paráfrasis del *Miserere*, que luego incluyó retocada en su traducción completa de los *Salmos* del Real Profeta.

El arrepentimiento de Olavide ya entonces parece sincero, pero aun no había echado raíces bastante profundas. Burlando la confianza del Inquisidor general, no sin connivencia secreta de la corte, huyó á Francia, y allí vivió algunos años con el supuesto título de *Conde del Pilo*, trabando amistad con varios literatos franceses, especialmente con el caballero Florián, ingenio amanerado, discreto fabulista y uno de los que acabaron de enterrar la novela pastoril. Olavide le ayudó á refundir la *Galatea* de Cervantes, mereciendo que en recompensa le llamase «español tan célebre por sus talentos como por sus desgracias».

Los enciclopedistas recibieron con palmas á Olavide. Diderot escribió una noticia de su vida (1). Marmontel le saludó en sesión pública de la Academia Francesa con aquellos enfáticos versos:

(1) Vid. en las obras de Diderot, ed. Assézat (1875), tomo VI, pp. 467-472. D. Pablo Olavidès (sic), *précis historique rédigé sur des mémoires fournis à M. Diderot par un ami.*

Le citoyen flétri par l'absurde fureur
D'un zèle mille fois plus affreux que l'erreur
Au pied d'un tribunal que la lumière offense,
Accusé sans témoins, condamné sans défense,
Pour avoir méprisé d'infâmes délateurs,
En peuplant les déserts d'heureux cultivateurs ;
Qu'il regarde ces monts où fleurit l'industrie,
Et, fier de ses bienfaits, qu'il plaigne sa patrie.
Le temps la changera, comm'il a tout changé :
D'une indigne prison Galilée est vengé.

Estas injurias en acto solemne exasperaron al Gobierno español, y Floridablanca reclamó la extradición de Olavide en 1781; pero el Obispo de Rhodéz, en cuya diócesis se había refugiado, le dió medios para huir á Ginebra. El Cardenal de Brienne volvió á abrirle poco después las puertas de Francia, y la Convención le llamó á la barra para decretarle una corona cívica y el título de ciudadano adoptivo de la República una é indivisible. Dicen (aunque no he podido comprobarlo) que entonces, volviendo á hacer alarde de sus antiguas ideas, escribió contra las órdenes monásticas, y compró gran cantidad de bienes nacionales. La conciencia no le remordía aún y esperaba vivir tranquilo en cómodo, aunque inhonesto retiro, lejos del tumulto de París, en una casa de campo de Meung-sur-Loire que había pertenecido á los obispos de Orleans. Pero no le sucedió como pensaba. Dejémosle hablar á él en mal castellano, pero con mucha sinceridad:

«La Francia estaba entonces cubierta de terror y llena de prisiones. En ellas se amontonaban millares de infelices, y los preferidos para esta violencia eran los más nobles, los más sabios ó los hombres más virtuosos del reino. Yo no tenía ninguno de estos títulos, y, por otra parte, esperaba que el silencio de mi soledad y la obs-